

PERU 1965

Apuntes sobre una experiencia guerrillera

HECTOR BEJAR RIVERA
Comandante



Mapa por provincias
del Perú.

A partir de este número, PUNTO FINAL publica el libro del revolucionario peruano Héctor Béjar Rivera, premiado en el concurso de ensayo de Casa de las Américas. Habría sido el deseo de PF acometer la empresa de editarlo como libro, pero dificultades insuperables pusieron esa meta más allá de sus fuerzas. Sin embargo, el Consejo de Redacción de PF consideró que el análisis de Béjar sobre la experiencia guerrillera peruana de 1965 no podía quedar fuera del conocimiento del público chileno. Por eso, contando de antemano con la comprensión de Héctor Béjar, querido compañero que figura entre nuestros colaboradores extranjeros y que ha honrado las páginas de esta revista en varias oportunidades, PF inicia en esta edición el valioso examen que el combatiente del ELN peruano hace de la lucha guerrillera de hace cuatro años en su país.

★ Este libro —escrito desde una cárcel, por un comandante guerrillero, puede ser considerado, en primer término, como símbolo de la nueva situación cultural que el Tercer Mundo está proponiendo a un Occidente de civilización agotada y consciente de su culpabilidad. En nuestros países, podría decirse con verdad, los intelectuales que realmente han llegado al extremo de su reflexión sobre el papel que a la cultura le está asignada en la tarea de liberación, no han tenido otra opción que tomar las armas; al mismo tiempo, las obras serenas de esa cultura deben ser escritas, muchas veces, en una cárcel.

Si otros valores no concurrieran, también decisivamente, en esta obra de Héctor Béjar Rivera para justificar su triunfo en el Premio Ensayo 1969 de la Casa de las Américas, aquella condición de su autor —el pensador aprisionado por su resolución de llevar a la práctica las conclusiones de su examen— enaltecería el libro con iguales cualidades de texto imprescindible.

Pero es el mismo comandante Béjar quien ha querido dejar a un lado el aspecto heroico de su ejemplo individual. Pocas veces el análisis de una experiencia política que tiene como protagonista a su propio autor, ha eludido tan admirablemente las acechanzas de lo subjetivo y ha logrado despersonalizar en forma tan aleccionante un proceso donde ese autor es uno de los factores fundamentales.

En su cárcel limeña Béjar soporta desde 1966 el confinamiento, la enfermedad, la derrota temporaria, la muerte de sus compañeros exterminados por el ejército, la masacre del campesinado de Ayacucho que fue colaborador de su insurrección armada. Pero el lector no encontrará en el libro una sola referencia en primera persona, pese

a que los hechos que trata a partir de 1962 contaron con Béjar como activista y orientador de primera línea. Tampoco ensombrecen este texto el odio o la ira hacia los asesinos de sus camaradas y hacia sus carceleros, o el rencor contra los políticos que, en una solidaridad inactiva o temerosa, no supieron respaldar desde las ciudades la acción de los frentes guerrilleros. Esas tentaciones —que hubieran disminuido en algo la tersura del trabajo, pero que podían considerarse comprensibles— son sorteadas por el autor con indudable conciencia de sus objetivos. De tal modo, mediante este alejamiento, Béjar ha podido sublimar su experiencia guerrillera y su vida de luchador teórico y de dirigente, para ofrecer un documento que el Jurado no vaciló en calificar, en el fallo, como uno “de los más importantes de nuestro tiempo”.

Para el Jurado, el trabajo del guerrillero peruano encarcelado constituye “un verdadero modelo de ensayo, en el que la pasión patriótica y la lealtad revolucionaria canalizarse ejemplarmente en una exposición donde el penetrante sentido crítico y auto-crítico y la madura serenidad de sus meditaciones, no sólo sirven de esclarecimiento informativo, sino que trascienden el marco de la pura narración descriptiva, para convertirse en testimonio que induce a la reflexión, insta a la acción unida y eficaz, incentiva y fortalece la confianza en el porvenir de la lucha liberadora continental”.

Las tesis de Régis Debray, el dramático y glorioso episodio boliviano con que el Che Guevara comenzó la extensión de la gesta guerrillera a los países del Sur y las posibilidades actuales de la vía armada en América latina, deberán examinarse de ahora en adelante a la luz de las honestas e irrenunciables conclusiones que el comandante

te Béjar ofrece en este libro ceñido, lúcido y de sorprendente calidad literaria.

Héctor Béjar Rivera nació en Chosica (Perú), el 2 de diciembre de 1935, de una familia donde se mezclaban la sangre india y española. Uno de sus antepasados, del mismo apellido, fue lugarteniente de Tupac Amaru en la sangrienta insurrección de 1781. Cursó Derecho y Letras en la Universidad de San Marcos. Alumno de la Escuela de Bellas Artes, poeta, locutor de radio para ganarse la vida, militó desde su adolescencia en el Partido Comunista del Perú, donde integró el Comité Central y fundó y dirigió el periódico oficial del Partido. Expulsado del PC en 1958, por su descreimiento en la vía electoral y en la transigencia con los gobiernos oligárquicos de su país, trabajó durante varios años en la formación de un frente unido de la Izquierda que respaldara una acción armada por la toma del poder. En 1962 creó junto a otros compañeros el Ejército Nacional de Liberación, con fines de establecer un frente guerrillero. Después de fracasar, por una delación en la invasión intentada desde Bolivia por Puerto Maldonado en diciembre de 1963, el ELN inició en abril de 1965 sus operaciones armadas en el departamento de Ayacucho. En diciembre de ese año, una contraofensiva del ejército asesorada por oficiales norteamericanos sorprendió al grupo de Béjar, que fue capturado y asesinado sin juicio poco después. Gravemente aquejado de una terrible enfermedad tropical, la uta, Béjar sobrevivió solo en la imponente selva peruana durante dos meses y logró llegar a Lima. Allí fue detenido en 1966, y desde entonces se encuentra pendiente de juicio en la cárcel de San Quintín, bajo jurisdicción militar. Las leyes peruanas determinan, para su caso, la pena de muerte.

PROLOGO

*A Ana María, mi mujer, admirable
compañera de estos años intensos.*

ESTAS páginas están inconclusas. Reflejan un momento de la progresiva reflexión de un hombre y una etapa en la investigación de hechos que quedaron en la oscuridad porque sus protagonistas perecieron.

Están redactadas partiendo del convencimiento de que es posible y necesario continuar la lucha revolucionaria guerrillera en América latina y el Perú.

El lector encontrará pocos elogios a los guerrilleros. Siempre es fácil acumular adjetivos, sobre todo para quienes no participan del combate. Sin embargo, el autor estima que es preferible, si de verdad se quiere continuar una tarea, explicarse por qué fracasaron los primeros intentos. La total adhesión a una causa no excluye, sino que impone, la obligación de discutir sobre la forma de servir la mejor.

En el caso del Perú, aún está por hacer un análisis detenido, desapasionado de la experiencia del 65, sobre la que se ha escrito

tanto y se sabe tan poco. Estas páginas son un intento de abrir discusión, y serán corregidas y completadas en el futuro.

El lector debe comprender que este libro ha sido escrito en una cárcel, con las limitaciones que la situación de prisionero impone. Una que otra vez sus borradores fueron salvados de los carceleros y por eso también, escrito apresuradamente, aparece algo desordenado.

Hemos omitido adrede toda referencia al conato insurreccional del teniente Francisco Vallejo en Jauja, julio de 1962, y a la frustrada incursión guerrillera del ELN a Madre de Dios en mayo de 1963, que preceden a la insurrección guerrillera de 1965 y se encadenan históricamente con ella. En el primer caso, carecíamos de los datos necesarios. En el segundo, hay una serie de hechos y circunstancias que aún no es oportuno revelar.

No obstante, queda la satisfacción de que la tarea está iniciada. Y la promesa de continuarla y completarla.

CAPITULO I

BOSQUEJO ECONOMICO

EL ESCENARIO.

En la región occidental de América del Sur, debajo de la línea ecuatorial, a manera de un riñón bañado por el Océano Pacífico, se encuentra el Perú.* Su inmensa superficie de un millón y cuarto de kilómetros cuadrados está dividida en 23 departamentos.

Una configuración abrupta y difícil caracteriza al escenario geográfico. Si alguien pudiera elevarse a una altura espacial distinguiría como el fenómeno natural más notable, la imponente cordillera andina que lo atraviesa de norte a sur, cual un espinazo gigantesco.

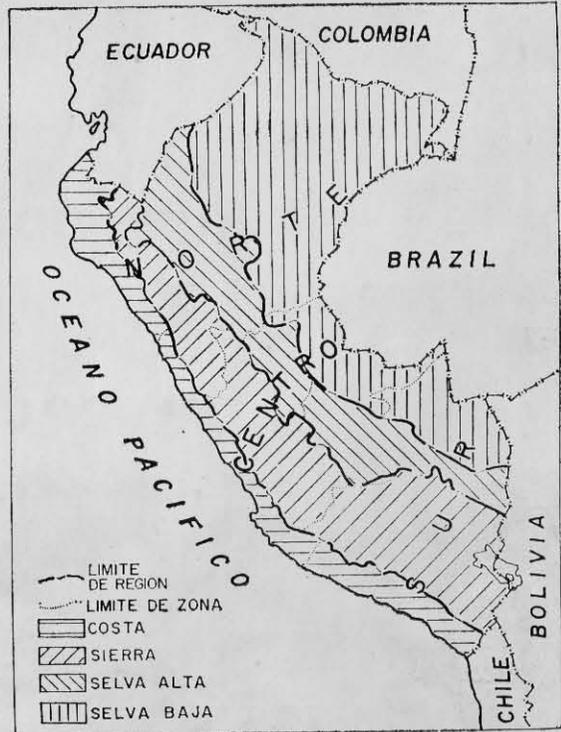
Por su lado oeste, la cordillera desciende casi hasta el mar y deja frente a él una larga y estrecha faja costera. De sur a norte, desde Tacna, vecina con Chile, hasta Tumbes, punto de contacto con el Ecuador, el viajero debe recorrer 2.200 kilómetros. Si se le ocurriera penetrar hacia el este, no podría recorrer más de 40 kilómetros, ó 200 en las zonas más anchas, sin verse obligado a ascender por las estribaciones andinas.

La costa es un gran malecón que la naturaleza ha colocado frente al océano. Su clima templado y monótono que, salvo en el extremo norte no excede los 17 grados, es apenas alterado por neblinas y ligeras lloviznas. Es también un inmenso desierto que, paradójicamente, reine en los oasis creados por sus cincuentaitantos riachuelos, en torno a sus puertos y ciudades, las tierras más fértiles y productivas del país, los cultivos de exportación, la tercera parte de la población y casi toda la industria.

En contraste, la Sierra está encerrada por los eslabones de la cadena andina y todo en ella, aldea y hombres, sigue las sinuosidades de la cordillera. Allí encontramos innumerables accidentes geográficos: mesetas inmensas, profundos callejones, pendientes vertiginosas y los más variados pisos climáticos. El hombre vive hasta los 4.500 mts. sobre el nivel del mar, dedicado a cultivos y ganadería, pero los picos andinos continúan su ascenso, como agujas lanzadas al cielo, hasta los 8.000 metros. Las lluvias varían año a año y las sequías son frecuentes en la altiplanicie.

Desde los picachos andinos los ríos descienden tumultuosos hacia la selva. Al comienzo pequeños arroyuelos, luego poderosas corrientes y finalmente lentas serpientes de agua que van a alimentar la cuenca amazónica.

La selva es un enorme manto verde que cubre gran parte de las fronteras norte y este. Ocupa las dos terceras partes del territorio nacional pero sólo alberga al 11 por ciento de la población, que se aglomera en las últimas estribaciones andinas pues las zonas bajas y planas son inhóspitas y de difícil acceso. Bosque llano e interminable,



Mapa de las regiones naturales peruanas

húmedo y pantanoso, continúa por todo el territorio brasileño y apenas si es alterado por una que otra colina. Allí casi no existen carreteras y son los ríos las únicas vías de comunicación.**

Desierto y cálido sol tropical en la Costa Norte, que se atenúa por las nubosidades provocadas por la corriente de Humboldt; frío cortante en la cordillera y las mesetas andinas; humedad sofocante en la selva: geografía y clima cambiantes y accidentados. Tal la apariencia que ofrece a primera vista este país contradictorio.

Si hay algo característico en el Perú, son sus contradicciones. Su historia fue cortada en dos, bruscamente, por la conquista española que destruyó una vieja cultura y masacró durante trescientos años a los quechuas dominados. Su geografía es atravesada violentamente por el espinazo andino. Ni siquiera las características raciales de sus pobladores son uniformes, pues no puede hablarse de mestizaje donde aún perduran las huellas de la conquista lejana.

¿Y qué decir de su economía? El latifundio aún supervive lánguidamente en costa y sierra, junto a antiquísimas comunidades campesinas. Y sobre este andamiaje, el capitalismo ha impuesto nuevas relaciones de producción y de intercambio uniéndose, en maridaje vergonzante, a la feudalidad de la Colonia. Finalmente, desde comienzos de siglo, el imperialismo domina al país manteniendo la subsistencia deformada de los sistemas anteriores.

* Ver mapa de la primera página.

** Ver mapa de esta página.

LA DOMINACION NORTEAMERICANA

A comienzos de siglo el imperialismo norteamericano hizo irrupción en el país. Si desde la emancipación y primeros años de nuestra turbulenta República, los prestamistas ingleses estuvieron presentes tras los bastidores de la política criolla y en los arreglos que siguieron a la desastrosa guerra del Pacífico, desde la Primera Guerra Mundial la dominación inglesa cedió en provecho de la penetración norteamericana.

Dueños del cobre, de gran parte del petróleo y de las tecnificadas producciones agrícolas para la exportación, los monopolios norteamericanos tienen en sus manos los principales resortes de nuestra economía.

Pertenece a monopolios norteamericanos y empresas extranjeras: 85 por ciento de la producción minera: cobre, hierro, plata, plomo, zinc y otros metales; 14 de los 20 más importantes grupos pesqueros (el Perú es el primer productor mundial de harina de pescado); 6 de los 10 más grandes ingenios azucareros; la comercialización de algodón, café y lanas.

Todos los bancos están conectados a la Banca internacional. El Banco de Crédito, el más importante del país, pertenece presumiblemente al Vaticano a través de la banca italiana; el Continental y el Internacional están controlados por el Chase Manhattan Bank de la familia Rockefeller; son numerosas las sucursales de bancos norteamericanos, europeos y japoneses que operan con toda libertad y, en general, casi no hay bancos peruanos que no estén, en una u otra forma, ligados al capital extranjero.

La energía eléctrica que consume la capital —70 por ciento de la industria manufacturera del país— es proporcionada por la Lima Light & Power y un consorcio vinculado a la Banca italiana; los teléfonos están en manos de la ITT.

El comercio mayorista de importación es monopolizado por las empresas exportadoras extranjeras y la penetración norteamericana se hace presente hasta en el comercio a menudeo.

Fueron empresas británicas las que pusieron en marcha nuestra industria manufacturera tradicional: textiles, jabones, etc. Hasta hoy día, las 3/4 partes de la producción textil de algodón pertenecen a la Grace y a la Duncan Fox, que tuvieron su origen en inversionistas ingleses y actualmente se encuentran fuertemente vinculadas a intereses norteamericanos.

Las inversiones norteamericanas han crecido en los últimos años una industria de consumo cuya característica más notable es su enorme vulnerabilidad y dependencia respecto del exterior: el 48 por ciento de los insumos debe ser importado de los Estados Unidos y Europa.

Dentro de la industria manufacturera se han presentado últimamente importantes modificaciones al aparecer nuevas productoras de bienes intermedios tales como fertilizantes, fibras artificiales, soda cáustica, explosivos, ácido sulfúrico, pinturas, etc. Pero todas ellas están ligadas al capital norteamericano o a las empresas norteamericanas que

operan en el país. En total, la inversión imperialista en la industria manufacturera llega al 80 por ciento y grupos de dos o tres empresas copan entre el 90 y 100 por ciento de la producción de neumáticos, papel, aceite, lácteos, tabaco, etc.*

LA AGRICULTURA

La superficie total del Perú comprende 128.5 millones de hás. En la propiedad rural constituida existen 12 millones de hás. en pastos naturales, bosques, montes y tierras cultivables no trabajadas, así como otras 455.000 hás. que permanecen en barbecho. Pero sólo la ínfima extensión de 2,8 millones están en actividad. (1)

El Perú aparece así, a primera vista, como un país de tierras baldías y abandonadas. Gran parte de ellas podrían ser incorporadas a la agricultura siempre que se pusiera en manos de los campesinos los medios suficientes para hacerlo. Pero las mejores tierras de las pocas cultivables están monopolizadas por los latifundios los que, a su vez, dejan grandes extensiones sin cultivo.

La concentración de tierras en pocas manos es enorme: el 1 por ciento de las unidades agropecuarias ocupa el 75 por ciento de la superficie agrícola total; el 0,1 por ciento del total de propietarios acaparan el 60,9 por ciento de las tierras utilizadas. De los 17 millones de hectáreas cultivables, 10 millones corresponden a 1.000 grandes propiedades y sólo 1.933.000 están en poder de las comunidades campesinas. (2)

El capital extranjero está ligado al latifundio. El grupo Gildemeister de Hamburgo es el primer latifundista del país con más de 500.000 hás. bajo su dominio, seguido por la Cerro de Pasco Copper Corp. (3) con 300.000 hás. y el grupo Le Tourneau con 400.000 hás. de selva. Grace, William & Lockett, Anderson Clayton & Cia., figuran también entre las empresas extranjeras que son propietarias de tierras destinadas al cultivo de algodón, caña de azúcar, a la ganadería y extracción de maderas. (4)

Consecuencia directa de esta situación es la irremediable decadencia de la producción agrícola.

Veamos algunos síntomas:

El sector agropecuario que en 1950 participaba con un 25,7 por ciento en el Producto Bruto Interno, lo hizo en 1964 con sólo un 19,6 por ciento. En 1940 el 61,2 por ciento de la población económicamente activa estaba ocupado en labores agrícolas. En 1961 el porcentaje había bajado 49,6 por ciento. En 1950

(1) CIDA (Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola). Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola: Perú. Publicado por Unión Panamericana, Washington, 1966, pág. 300.

(2) Instituto Nacional de Planificación, Dirección Nacional de Estadística y Censos. Primer Censo Nacional Agropecuario. Talleres Gráficos de la Dirección Nacional de Estadística y Censos, 1963.

(3) Recientemente el gobierno peruano ha anunciado la expropiación de dieciocho fundos de la Cerro de Pasco, mediante el pago al contado de 21 millones de soles, y 26 millones en bonos de la reforma agraria. A cambio de esta operación, la Cerro ha recibido nuevas concesiones petroleras en el Norte del país.

(4) CIDA. Op. cit., pág. 45.

los productos agropecuarios de exportación representaban el 57,8 por ciento del valor total de las exportaciones; en 1965 eran sólo 29,2 por ciento.

El déficit alimenticio tiene graves consecuencias en el cuadro económico y social del Perú. En 1950 producíamos 8.431.638 toneladas de productos alimenticios; en 1960, solamente 7.800.000; y la cantidad sigue bajando para una población en constante aumento que, además, abandona los campos para aglomerarse en las barriadas marginales de las ciudades. La crisis alimenticia presiona cada vez más sobre las clases pobres y la balanza de pagos: el país importa para el consumo humano, el 90 por ciento del trigo, 40 por ciento de carne, 40 por ciento de leche, 40 por ciento de grasas y 25 por ciento de arroz.

La descapitalización del país adquiere caracteres alarmantes: los consorcios imperialistas retiraron en los últimos cinco años 347 millones de dólares después de invertir sólo 58. Los términos de intercambio son cada año más desfavorables: de 105 dólares que valía una tonelada de exportación en 1950, en 1967 sólo valía 58.

De todo esto se deduce fácilmente que el signo fundamental de la economía del Perú contemporáneo es su dependencia del imperialismo norteamericano, lo que descapitaliza al país y agudiza su crisis estructural.

DESNIVELES, DESCONEXIONES, CONTRADICCIONES.

A la agudización de la dominación imperialista sigue la agravación de las contradicciones internas.

Una oligarquía próspera e inmensamente rica, ligada íntimamente a los consorcios imperialistas en multitud de inversiones y negocios, vive en la cúspide del sistema. En la base, las mayorías subsisten en la más infinita pobreza.

Cuarenta y cinco familias centralizan lo más importante del poder político y económico, asociadas con los monopolios norteamericanos. El 56 por ciento son accionistas de bancos y compañías financieras; el 53 por ciento posee acciones en compañías de seguros; el 75 por ciento posee compañías dedicadas a la construcción y a la actividad inmobiliaria en las ciudades; el 56 por ciento tiene inversiones en firmas comerciales y el 64 por ciento es accionista importante de una o varias empresas petroleras. Este grupo actúa bajo el nombre de Sociedad Nacional Agraria. (5)

Según datos oficiales, 24.000 privilegiados disfrutaban de una renta de 2 millones y medio de soles al año (unos 62.500 dólares) mientras que 11.976.000 desposeídos apenas sobreviven con 6.310 soles anuales (unos 157 dólares). El 1,9 por ciento de la población económicamente activa, unos 61.300 rentistas, perciben la gruesa proporción del 44 por ciento de la renta nacional, mientras que el 44 por ciento de la población económicamente

activa, un millón y medio de obreros agrícolas, percibe sólo el 13 por ciento. (6)

Los promedios estadísticos no registran, desgraciadamente, el caso frecuente de familias que superan en ingresos el millón de soles (unos 250.000 dólares al cambio de 1967) mensuales, mientras el hombre de campo percibe apenas un sol diario o, simplemente, no percibe ningún salario.

Paralelamente a sus abismales diferencias de clase, el Perú registra desniveles de región a región. El ingreso por persona en la costa superaba en 1961 en cuatro veces al de la sierra; en 1965 llegaba ya a siete veces.

Las contradicciones enfrentan también a la ciudad y el campo. Veintitrés de cada cien peruanos viven en Lima y el porcentaje crece aceleradamente con los 75.000 provincianos que llegan anualmente a la capital. En Lima se encuentran el 70 por ciento de las fábricas, la mitad de los obreros y cerca de las dos terceras partes de los cuadros profesionales. (7) Casi la mitad de los electores viven en Lima, con lo que la capital es, en la práctica, la que decide el gobierno del país. Fuera de la agricultura y la minería, cuya ubicación es técnicamente fijada por el lugar de la tierra de cultivo y la existencia de los recursos minerales, todas las actividades están concentradas prácticamente en las zonas urbanas.

En la sierra, las zonas urbanas registran un 21 por ciento de familias que consumen menos del 75 por ciento del requerimiento normal de calorías, mientras que las rurales tienen un 61 por ciento. Los centros urbanos serranos casi igualan en este aspecto a las zonas rurales de la costa: un 20 por ciento de familias que consumen una cantidad de calorías inferior al requerimiento mínimo, pero están lejos de equiparar el porcentaje de Lima: apenas un 5 por ciento.

Fijando nuestra atención en los trabajadores, encontramos también entre ellos grandes desniveles. La distancia entre escala y escala del ingreso medio por ocupación es demasiado grande. El ingreso de los empleados y trabajadores independientes, es decir de la pequeña burguesía, 450 dólares anuales, casi dobla al de los obreros urbanos: 260 dólares. Y éste es inmensamente superior, con ser pequeño, al de los varios millones de hombres del campo: 10 dólares anuales. (8)

Las escalas de ingreso dentro de la clase obrera también son notables. Mientras los obreros del gas y la electricidad ganan 224 soles de salario semanal, los mineros 215 y los de construcción 298, los de la industria manufacturera sólo ganan 193 y los obreros agrícolas apenas 86. (9)

Economistas, sociólogos y políticos han insistido por mucho tiempo en el "dualismo"

(6) Estudio hecho por el Instituto Nacional de Planificación a base de los datos del Censo Nacional de Población de 1961.

(7) Dirección Nacional de Estadística y Censos. Primer Censo Nacional Económico. Lima, 1963.

(8) Estudio hecho por el Instituto Nacional de Planificación a base de los datos del Censo Nacional de Población de 1961.

(9) Dirección Nacional de Estadísticas y Censos. VI Censo Nacional de Población, Tomo IV, Características Económicas. Lima, 1961.

(5) MALPICA, Carlos. Guerra a muerte al latifundio. Ediciones Voz Rebelde. Lima, 1964, pág. 56.

de nuestra sociedad. Recientemente se insiste sobre su carácter capitalista, aunque deformado y contradictorio. La polémica no ha terminado aún, pero el hecho objetivo es que el Perú, económica y socialmente, está lejos de haber logrado una organización integrada. A este hecho se refiere el sociólogo Matos Mar cuando dice en un reciente ensayo:

"...las regiones no se desarrollan, ni se interrelacionan, ni complementan. Este es el caso, por ejemplo, de los diversos sectores de la producción que aparecen desarticulados, pues cada actividad económica tiene su propio ritmo y sentido, casi sin enlace con las otras. La agricultura sigue así su propio cauce, la pesquería el suyo, la industria aparece aislada. Si se generan relaciones, éstas se dan solamente entre los grupos de poder y segmentariamente en otras actividades. Por otra parte, hay una gran mezcla de tipos de economía que aparecen en distintas proporciones y además con dominio de hábitos regionales ocasionados por la heterogeneidad cultural. En muchos casos, esta mezcla tiene tonos contrapuestos; así, el sector moderno capitalista al lado de la cooperación tradicional indígena". (10)

MOVILIDAD Y CAMBIO SOCIAL

La realidad peruana ha dejado de ser estática: las clases sociales desarrollan una movilidad que no tiene precedentes.

La población en general crece aceleradamente. Nos incrementamos en algo más de un cuarto de millón por año. Hoy somos 12 millones, en 1970 seremos 13 millones y medio, en 1980, 18 millones. En 25 años nuestra población se habrá duplicado.

Paralelamente el número de trabajadores crece y, dentro de ellos, la clase obrera. Entre 1950 y 1965, la población económicamente activa aumentó de 2,5 millones a 3,6 millones; en ese mismo lapso, los obreros aumentaron de 904.800 a 1.382.100, los empleados crecieron en 200.000 personas y los llamados trabajadores independientes en 300.000.

La estructura de la clase obrera ha experimentado cambios. Los obreros dedicados a la agricultura y a la pesca, que antes eran la mayoría, han disminuido hasta el 40 por ciento y los mineros de 5,2 por ciento a 4,7 por ciento. El sector dedicado a la industria manufacturera creció de un 14 por ciento en 1950 a un 18 por ciento en 1965.

A pesar de su crecimiento, la clase obrera siguió teniendo un bajísimo nivel de instrucción. Ningún jornalero de la agricultura es obrero calificado; 47 de cada cien obreros carecen de toda instrucción y sólo 43 de cada cien poseen educación primaria.

El nivel de desocupación es muy alto. Los economistas calculan que en el Perú deben crearse por lo menos unos 150.000 empleos por año y aún más, teniendo en consideración no sólo el incremento de la población sino la paulatina incorporación de las muje-

res al trabajo. Pero la industria sólo crea unos 10.000 empleos por año. Esto trae como consecuencia que en los grandes centros urbanos cunda el subempleo y la desocupación encubierta, cuando no la desocupación real y total.

En este cuadro contradictorio, donde muchos fenómenos sociales parecen esfumarse y el comportamiento de las clases sociales no aparece con la claridad necesaria, la izquierda marxista no ha podido elaborar aún una táctica única y coherente.

PERU, UN PAIS ENFERMO

Más que el proceso mismo de la enfermedad, lo que aparece claro en el Perú son sus causas y sintomatología. El examen de algunas cifras, que aún así no revela la verdadera dimensión del drama que viven los sectores más empobrecidos y explotados, da una idea de la enfermedad incurable del sistema.

La desnutrición es una de las características de la población peruana. El consumo de calorías y proteínas baja año a año. Anualmente, el poblador peruano sólo consume 17 kilos de carne, promedio que encubre los millones que, simplemente, no la consumen. Las estadísticas registran promedialmente sólo 69 grs. de carne al día, 6 grs. de huevos, 20 grs. de pescado y 108 grs. de leche, pero suman millones los peruanos cuya dieta no incluye carne, ni leche, ni huevos. (11) De acuerdo a una encuesta que efectuaron los estudiantes de la Facultad de Medicina de San Fernando en 1963, 93 de cada 100 niños de Lima padecen hambre y sólo 2 toman leche.

Así se explica por qué en el Perú, de cada 1.000 niños sólo 90 llegan al primer año de vida y por qué cada 10 minutos muere un niño menor de un año, de enfermedades en su mayor parte curables.

Hay en el Perú más de 400.000 niños retrasados mentales teniendo por causa, en la mayoría de los casos, el alcoholismo de los padres y la pobreza del hogar, ya que suman 250.000 los enfermos alcohólicos. El Perú es el segundo consumidor mundial de coca, calculándose en 800.000 los masticadores y en cerca de 8 millones los kilos ingeridos por año. Se calcula que 137.000 kilos de cocaína van cada año al estómago de nuestros campesinos. (12)

Alrededor de 7.000 niños de 6 a 9 años de edad trabajan, perteneciendo cerca del 40 por ciento de los mismos a las zonas urbanas de Lima, Arequipa y Cuzco. Entre los 10 y los 14 años son 73.000 los niños que trabajan en las ciudades del país, particularmente Lima y Arequipa. (13) El 45 por ciento de las 200.000 criadas que tiene Lima son menores de 21 años y muchas aún niñas de 10 a 11 años. (14)

(11) Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Federico Villarreal. Lima, 1967.

(12) Datos del Cuerpo Consultivo Interamericano sobre Fiscalización de Estupefacientes.

(13) Declaraciones del Dr. Benjamín Somamé en la Primera Conferencia sobre la Familia, la Infancia y la Juventud en el Desarrollo Nacional. Lima, 1967.

(14) Censo Parroquial de Lima, 1967.

(10) MATOS MAR, José. Dominación, desarrollos sociales y pluralismo en la sociedad y cultura peruana. En "Perú Problema", lección de ensayos publicados por Francisco Moncola Editores. Lima, 1968, pág. 38.

La pobreza de las masas es indescriptible. La mitad de la población limeña vive en tugurios insalubres de una o dos habitaciones, que no cuentan con agua potable ni servicios higiénicos. (15) Se calcula que 3 millones de peruanos carecen de atención médica, un millón y medio caminan descalzos y otro millón y medio sólo usa "ojotas", rústicas sandalias. Desde 1963 hasta enero de 1968 el costo de vida en Lima había subido 77,93 por ciento.

Mientras tanto, la delincuencia acusa una expansión de 75 a 85 por ciento en los últimos cinco años. Cada 60 minutos se produce un robo en la capital y por lo menos se registran dos asaltos a mano armada cada 24 horas. No menos de 10.000 mujeres se dedican a la prostitución, oficio que incorpora a sus filas unas siete mujeres por día. Lima figura entre las ciudades de mayor productividad delictiva de América latina.

Hay más de dos millones de analfabetos registrados oficialmente, sin contar a los peruanos mayores de 40 años y menores de 15 a quienes las estadísticas no cuentan por estar, los últimos, dentro de los límites de la escolaridad obligatoria. Y quedan medio millón de niños que, sabiendo leer y escribir, no logran continuar sus estudios por falta de locales escolares. En total, ahondando en el eufemismo de las cifras oficiales, se calcula en cinco millones los analfabetos del Perú.

A pesar de la miseria que se abate sobre las masas, la mayor parte de los gastos del Estado peruano recae sobre ellas. Los rentistas y las grandes empresas contribuyen al presupuesto nacional con tan sólo un tercio de la suma total que el pueblo, a través de impuestos indirectos, está obligado a pagar. Y la relación tiende a empeorar en perjuicio de los más necesitados, porque prácticamente no hay impuestos para los grandes exportadores ni para las compañías mineras y las nuevas industrias manufactureras que dependen, en una u otra forma, de los monopolios norteamericanos. En los años que van de 1950 a 1965, los impuestos indirectos se incrementaron 17,1 veces, mientras los pagados directamente por empresas y rentistas sólo aumentaron 7 veces.

La liberación de tributos en beneficio de los poderosos hace que el Perú tenga que enfrentar continuos déficit en su economía fiscal. Entre 1963 y 1967 sumaron 10.638 millones de soles (unos 394.000 dólares al cambio de 1967).

Los déficit son cubiertos con préstamos norteamericanos, al igual que los gastos causados por las obras públicas que el Estado debe realizar a pesar de su exiguo presupuesto. El abuso de los préstamos exteriores ha agravado la dependencia del Estado y la política peruanos con respecto a los Estados Unidos, sobre todo durante el gobierno de Belaúnde Terry.

Como resultado de esta política económica mendicante, el Estado peruano debe: 234 millones de dólares a proveedores privados; 94 millones a las instituciones financieras;

76 millones al BID; 234 millones al BIRF; 122 millones a las agencias del gobierno de los Estados Unidos (AID y EXIMBANK); 42 millones a otros Estados. Al finalizar 1968 la deuda externa llega a los 742,1 millones de dólares, según datos del Banco Central de Reserva.

Los intereses, amortizaciones y servicios que el Estado debe pagar a sus acreedores extranjeros han ido aumentando su negativa influencia sobre la balanza de pagos. En sólo los tres años comprendidos entre las postrimerías de 1963 y fines de 1966, las obligaciones del país con el exterior se elevaron más allá del doble.

Como remedio a esta situación, sucesivos gobiernos oligárquicos han apelado a las inversiones extranjeras en condiciones siempre ventajosas para el imperialismo y siempre onerosas para el Estado peruano.

Las inversiones más cuantiosas de los monopolios se están dirigiendo al sector minero. Así, entre 1961 y 1964 se registró una inversión minera global de 400 millones de dólares que significaron un promedio anual de inversión directa de 300 millones de dólares.

Expresadas en las estadísticas, las inversiones han dado al Perú una de las tasas de crecimiento del PNB más altas de América latina, lo que encubre el mayor grado de dependencia y la crisis y deformación del sistema económico en su conjunto. Y sobre todo, el hecho indiscutible y peligroso de que el Perú va en camino de convertirse en un país minero monoprodutor.

Expertos de la Sociedad Nacional de Minería y Petróleo han calculado que en los próximos siete años se puede esperar una inversión anual de 127 millones de dólares, lo que daría un total para ese periodo, de 900 millones de dólares, cifra mayor a la inversión íntegra de los Estados Unidos en el Perú (518 millones). De concretarse estas inversiones, como parece estar sucediendo, los grupos oligárquicos podrán salvar la crisis fiscal y hasta proporcionar al país una relativa "estabilidad" que no hará sino agudizar aún más las contradicciones del sistema y la dependencia del Perú.

Dentro de este cuadro caracterizado por: a) una mayor dependencia del imperialismo; b) la agravación de las múltiples contradicciones sociales y económicas del sistema, debió actuar una naciente izquierda insurreccional en 1965. Esas fueron las condiciones objetivas de las que nació y que trató de aprovechar en su lucha. Veamos ahora cómo lo hizo y en qué grado los desniveles, las contradicciones, la desconexión y paradojas de este país, se reflejaron en ella misma y actuaron en su contra.

CAPITULO II

EL MARCO SOCIAL

PRESENCIA DEL CAMPESINADO

Desde 1956, casi inadvertidamente a los ojos de las direcciones políticas de izquierda y del país entero, un nuevo factor social se había

(15) Datos de la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo. Lima, 1967.

hecho presente, con caracteres propios: el campesinado. Empezaba lentamente la sindicalización en las zonas en que el campesinado es más fuerte económicamente y vive más cerca de los centros de comunicación. Los valles de La Convención y Lares en el Cuzco, Cerro de Pasco en el centro, los valles del Norte, albergaban a un campesinado despierto, que vendía sus productos y empezaba a luchar contra los rezagos feudales.

Tradicionalmente, el campesinado había vivido apartado de la vida nacional. Si bien es cierto que el debate sobre el problema del indio se remonta a fines del siglo pasado, éste no había participado en él. Ahora empezaba a plantear sus propios problemas y a desarrollar sus propias acciones.

El trabajador agrícola de la Costa tiene en el Perú una larga trayectoria de lucha: las plantaciones cañeras y algodonerías fueron en los años 30 escenario de profundas luchas sociales y en ellas repercutió la prédica de los caudillos de la pequeña burguesía. Pero no sucedió lo mismo con el campesinado de la Sierra, al que esos mismos caudillos olvidaron.

Pero en 1959 y 1960 la agitación agraria llegó fácilmente a muchos rincones apartados. Empezó en la Costa, ciertamente, pero no se limitó a ella.

La huelga estalló en Casagrande, el mayor ingenio azucarero del país, propiedad de la familia Gildemeister. La policía interviene. Mueren cuatro trabajadores y 26 son heridos, tres de ellos gravemente (16). En Paramonga, otro ingenio propiedad de la Grace, un choque entre huelguistas y tropas deja un saldo de tres muertos y dieciséis heridos. En Ranoas, el enfrentamiento entre la policía que defendía a la Cerro de Pasco Copper Corp. y los comuneros que reclamaban la propiedad de sus tierras con argumentos legales, causa tres muertos. Poco antes, otros comuneros habían intentado recuperar la posesión de la hacienda Paris, también propiedad de la Cerro. En la hacienda Torreblanca, valle de Chancay, los guardias civiles disuelven una asamblea del sindicato causando varios muertos y heridos.

Los hechos demostraban que el gobierno y los latifundistas trataban de impedir el proceso de sindicalización mediante el abuso de su fuerza, pero sus sangrientos métodos no lograban el objetivo buscado.

En 1961 y 1962 los periódicos de Lima empiezan a hablar de Hugo Blanco reclamando la represión contra los sindicatos de La Convención y Lares.

La recuperación de tierras, motejada por la derecha oligárquica como "invasión" se estaba efectuando en esos valles pacíficamente, movilizandolos a grandes cantidades de campesinos a quienes la evolución económica y la migración habían dividido en una compleja estructura social (17).

Como lo señala Craig (18), hacía diez años que los arrendatarios y allegados presentaban reclamos organizados ante la dependencia del Ministerio del Trabajo ubicada en el Cuzco, y en 1958, ocho organizaciones habían formado una federación provincial. El estímulo para la presentación de las primeras protestas y la formación de los primeros sindicatos, parecen haber sido las huelgas de obreros textiles registradas en el sur el año 1956.

Casi todos los dirigentes sindicales de La Convención y Lares eran exartesanos o ex-trabajadores ferrocarrileros que habían migrado al valle, hablaban castellano y tenían conocimientos elementales. Muchos eran evangelistas (protestantes fundamentalistas) y "habían visto en el movimiento laboral la oportunidad de realizar los objetivos de "justicia social" que ellos deducían de las Sagradas escrituras. Como lo expresó sucintamente un líder: "la Biblia enseña que los humildes heredarán la tierra —y nosotros somos los humildes" (19).

A través de los abogados cuzqueños los campesinos se vincularon con la Federación de Trabajadores del Cuzco, dirigida casi íntegramente por el Partido Comunista. La primera huelga se produjo durante los meses de junio y julio de 1960, cuando Hugo Blanco todavía no había llegado al valle.

La incorporación de Hugo Blanco a la actividad organizativa de los sindicatos produce una elevación en el nivel de la lucha. Los años 1961 y 1962 pueden señalarse como los puntos más altos de la ola sindicalista.

Pero la ideología revolucionaria de Blanco despierta el celo de los antiguos dirigentes de la Federación Provincial y su trotskismo la desconfianza de los dirigentes comunistas de la Federación de Trabajadores del Cuzco. Cuando en 1962 es nombrado Secretario General de aquella, la elección es impugnada por algunos miembros. Mientras tanto, el gobierno de Lima ordenaba su captura.

Sobrevino entonces el violento período de persecución que culminó al ser apresado en mayo de 1963. El gobierno se había librado de Blanco pero no había podido evitar la liberación de miles de campesinos, el quebrantamiento del poder de los hacendados y la alteración de la estructura social preexistente. Era la primera derrota del latifundio en esas proporciones: una reforma agraria quedaba realizada de facto.

En general, el cuadro campesino de esos años nos muestra la lucha por tres objetivos fundamentales: a) el reconocimiento de la organización sindical y la mejora de salarios en la costa norte; b) la recuperación de tierras por las comunidades del centro, y c) la abolición de condiciones de servidumbre por los sindicatos de la selva alta cuzqueña. Al mismo tiempo, los focos más notables se concentran en las zonas donde, por tener más capacidad

(16) BOURRICAUD, Francois, Poder y sociedad en el Perú contemporáneo. Editorial SUR, Buenos Aires, 1967, pág. 124.

(17) Según señala Craig, "menos de una tercera parte de los campesinos que vivían en La Convención en 1965 eran oriundos de dicha provincia. La dos terceras partes provenían de las provincias serranas de Urubamba, Calca, Anta, Acomayo y Apurímac, contiguas a La Convención". La estructura social era más o menos así: los ha-

cendados; los yanaconas, que trabajan para éstos en condiciones de servidumbre; los arrendatarios, que sirven a los yanaconas en similares condiciones y, finalmente, los allegados y hasta los sub-allegados.

CRAIG, Wesley W. El movimiento campesino en La Convención, Perú. La dinámica de una organización campesina. Págs. 9 y 12. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1968.

(18) *Ibid.*, pág. 13.

(19) *Ibid.*, pág. 15.

económica, relación con los partidos políticos a nivel educativo, el campesinado se había organizado en defensa de sus derechos.

Pero no es una movilización total. Antes bien, los focos de agitación ocultan la lucha pausada y lenta de otras zonas en donde la explotación del campesino es mayor y más trágica. La costa norte, Cerro de Pasco y la Convención son, posiblemente, algunos de los lugares en que el campesino tiene un nivel de vida relativamente alto. Sin embargo, existen simultáneamente lugares como las provincias altas del Cuzco, las sierras de la llamada "mancha india" (20) o el altiplano puneño, en que la pobreza alcanza dimensiones de tragedia nacional.

Para citar un ejemplo de esta situación nos referiremos al caso de Lauramarca. En un estudio realizado en la citada hacienda (provincia de Quispicanchis, departamento del Cuzco), Gustavo Alencastre narra las increíbles condiciones de trabajo que allí imperaban. Trabajan hombres, mujeres y niños, desde los siete años, en diversas labores. Los salarios, cuando son pagados —la hacienda siempre elude esta obligación bajo diversos pretextos— son de treinta centavos diarios; los individuos que no asisten a las faenas, están obligados a pagar reemplazantes a razón de cincuenta centavos, es decir una suma mayor que su propio salario; para trabajar en la hacienda los colonos deben salir de sus casas alrededor de las 4 ó 5 de la madrugada y caminar de 10 a 25 Kms. hasta el lugar de trabajo; los pastores deben cuidar el ganado fino día y noche en los parajes más fríos y yermos, ya que en caso de pérdida o muerte de una oveja deben pagar 8, 10 y hasta 12 alpacas, lo que constituye para ellos un desastre económico; el "pongaje" o servicio gratuito en casa del patrón, del mayordomo y del guardia civil subsiste a pesar de estar prohibido en la legislación peruana. La lucha de los campesinos contra este régimen es sorda y silenciosa:

"Se ha comprobado también que muchos colonos rehuyen cumplir las órdenes y disposiciones de los empleados. Que otros se rebelan abiertamente. Que algunos ocupan subrepticamente ahijaderos y rompen alambradas... un grupo reducido de naturales que sirve a los patronos con toda voluntad, goza de privilegios consistentes en más tierras y más pastos, exención de pagos de yerbajes y otros. Este grupo es muy mal visto por los demás y considerado como traidor a la causa indígena" (21).

(20) "La región denominada corrientemente como la "mancha india", comprendida por los departamentos de Ancash, Apurímac, Ayacucho, Cuzco, Huancavelica y Puno, en 1961 albergaban al 29% de la población total del país; de este porcentaje el 87% de los mayores de cinco años se comunicaba en una lengua indígena. La estructura de la ocupación de la región se destacaba porque el 69% de la población económicamente activa, se dedicaba a actividades agropecuarias, mientras que el promedio en el resto del país, dedicado a estas ocupaciones era de 42%.

COTLER, Julio, *La mecánica de la dominación interna y del cambio social en el Perú*. Separata de "América Latina". Centro Latino Americano de Investigaciones en Ciencias Sociales. Río de Janeiro, 1968. Año II, Nº 1. Pág. 78.

(21) ALENCASTRE MONTUFAR, Gustavo. *Informe sobre la situación económica social en Lauramarca*. Lima, 1957. Copias mecanografiadas. Pág. 63.

En mayo de 1957 se organiza el sindicato campesino de Lauramarca, afiliado a la Federación de Trabajadores del Cuzco y a la Confederación de Campesinos del Perú. El nacimiento del sindicato da lugar a constantes presiones y persecuciones de sus dirigentes quienes se ven obligados a permanecer ocultos para eludir el peligro. Muy pronto se produce la primera huelga de brazos caídos: varios colonos son maltratados por los empleados, muchos son encarcelados y no pocos apaleados en sus domicilios.

Pero la fuerza colectiva del sindicato logra imponer su presencia y transforma a los campesinos y sus costumbres:

"En épocas lejanas existía un Consejo de Ancianos que tenía gran ascendiente, autoridad y predicamento; pero eso es cosa del pasado; porque cuando ahora necesitan discutir asuntos de importancia, se reúne una Asamblea General, en la que a viva voz nombran a sus personeros, apoderados o comisionados; dando muestras de un claro sentido de la discusión democrática y de respeto a la opinión ajena, aparte de intuición y razonamiento correctos y perfectamente enfocados al fin perseguido" (22).

En condiciones similares a las de la hacienda Lauramarca, y aun peores, viven todavía varios millones de campesinos en el Perú, pero a ellos les ha faltado la capacidad económica de que dispusieron los de La Convención o la cercanía a los centros de comunicación que es característica de Pasco y la zona central del país.

Cuando los lugares más conflictivos del campo son reprimidos mediante incursiones punitivas por los gobiernos de turno, el descontento de la masa campesina continúa y se extiende, esperando la primera ocasión para desbordarse, pero sólo estalla aisladamente. Este último hecho es favorecido por la rivalidad entre los partidos políticos y las tendencias de izquierda, por la desvinculación entre las regiones y por la existencia de varias centrales campesinas que expresan diferentes intereses y diversas concepciones de lucha.

En el Perú existen las siguientes organizaciones campesinas:

a) Federación de Campesinos del Perú (FENCAP), vinculada al APRA y con influencia en las zonas agrícolas de la costa norte.

b) Confederación de Campesinos del Perú, orientada por varias tendencias de la izquierda marxista, con influencia sobre el campesinado del Cuzco, Ayacucho y Lima.

c) Federación de Comunidades del Centro, que agrupa a las comunidades campesinas del valle del Mantaro (sierra central).

d) Frente Sindical Departamental de Puno, orientado por los hermanos Cáceres, comerciantes locales con ambiciones políticas (23).

Todas ellas tienen cierta antigüedad, porque el sindicalismo campesino en el Perú no es cosa nueva: hay sindicatos que fueron

(22) *Ibid.*, pág. 70.

(23) MATOS MAR, José y otros. *Proyecto de estudio de "Los movimientos campesinos en el Perú desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días"*. Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 1967. Págs. 34 y 35.

organizados allá por los años 30, como los del valle de Chancay y las grandes haciendas costeñas.

Lo nuevo de esta década ha sido la extensión del movimiento sindical a las zonas serranas, las ocupaciones de tierras, la violencia de los choques con las fuerzas represivas y la repercusión de todo esto en la capital, gracias a los modernos medios de información.

LAS BARRIADAS MARGINALES

El fenómeno de las barriadas marginales es otra de las características del cuadro social de las últimas décadas, aunque no es privativo del Perú.

En 1955 existían 39 barriadas en la Gran Lima con una población de 119.140 habitantes, un 10% del total. Diez años después eran medio millón de personas, la cuarta parte de la población capitalina.

Las razones de esta gigantesca migración han sido muchas veces repetidas: la atracción que ejerce Lima sobre el resto del país, por ser el centro urbano más desarrollado; la creencia, falsa pero muy difundida, de que en Lima hay oportunidades de trabajo; en general, las condiciones de vida cada vez más difíciles en el interior.

Hasta hoy día la población de las barriadas se ha caracterizado por sus expectativas en el orden social actual y por su búsqueda de mejoras a través de los políticos de la burguesía. A la vez, subsiste en ella el espíritu comunitario de la provincia, que le permite hacer frente a las adversas condiciones de su vida. La penetración de la izquierda marxista ha sido muy limitada cuando no totalmente nula.

Con todo, la sola presencia de esta población marginal, creciente y subempleada, que rodea a la capital cual un cinturón de miseria, fue señalada por esos años como un factor social explosivo. Y la ocupación de tierras en las afueras de Lima se equipara a las noticias frecuentes de "invasiones" campesinas. Dos fenómenos que creaban en los sectores más politizados de las capas medias la sensación de que violentos cambios sociales se aproximaban. La revolución parecía acercarse...

RADICALIZACIÓN DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA

A estos factores puede añadirse otro que para la historia política de los últimos años e incluso para la historia de la revolución en el Perú, resulta decisivo: el crecimiento de la pequeña burguesía.

A primera vista, en el Perú del siglo XX observamos una oligarquía poderosa, concentrando el poder en la cúspide del sistema, en sociedad con las empresas extranjeras. En la base un campesinado mayoritario, analfabeto y mísero, excluido de cualquier poder de decisión, y un proletariado agrícola explotado y con todos sus derechos recortados. Entre ambos polos, el proletariado fabril y minero, el artesanado, y la rica gama social de las capas medias ocultas.

En verdad, como ya hemos visto anteriormente, este último sector está, en nivel de

ingreso, "standard" de vida, grado educativo y capacidad técnica, muy por encima del proletariado fabril y el artesanado. En sus estratos más altos llega a codearse con la clase dominante. Y a ellos se llega por el ejercicio de la profesión, a través de la política o de relaciones amistosas y familiares.

Este fenómeno no es original de nuestro país, pero sí es más notable que en otros debido a la existencia de grandes sectores que no participan de la vida nacional. Un abismo separa a la "clase media" del campesinado y el proletariado agrícola convirtiéndola de hecho en un sector privilegiado.

Un sector privilegiado que desde 1930 viene luchando por el poder y agitando consignas radicales para atraer en su apoyo a los estratos postergados, pero que no ha vacilado en traicionarlos cuando ha podido llegar a arreglos ventajosos con la clase dominante.

Ahora bien, a partir de 1956 observamos que el crecimiento de la clase media se equipara al del proletariado, como consecuencia del fenómeno de urbanización y la gran movilización social de los últimos años.

Aunque las estadísticas peruanas no permiten elaborar con precisión un estudio sobre la estructura de clase de la sociedad, puede servirnos de índice la "posición ocupacional" de los trabajadores registrada por el censo de 1961. Entre trabajadores independientes y empleados, los datos de dicho censo dan 50,8 por ciento de la población económicamente activa, mientras a los obreros correspondió 32 por ciento, a los trabajadores domésticos 5,7 a los patronos 1,9 y a los familiares no remunerados 9,3 por ciento (24).

Esta alta cifra —1:548.469 dentro de una población económicamente activa calculada en algo más de tres millones de personas— nos da una idea de la importancia numérica de la pequeña burguesía en el Perú, sobre todo si tenemos en cuenta que los estudiantes no están considerados dentro de la población económicamente activa.

Además del crecimiento de los últimos años, la pequeña burguesía registra una gran movilidad social. A ella acceden una gran cantidad de "recién llegados" de provincias o hijos de padres obreros, artesanos o campesinos. El canal de acceso es siempre la educación, tal como lo será para los estratos sociales superiores. Por eso, al mismo tiempo que la pequeña burguesía crece, la universidad se democratiza y el nivel social de su alumnado es cada año menor. Y como este proceso se realiza en medio de luchas, contradicciones y choques sociales, la Universidad se radicaliza y se convierte en el caldo de cultivo de las ideas marxistas.

Paralelamente, los empleados de comercio y los bancarios lograron construir fuertes organismos sindicales que durante varios años estuvieron a la vanguardia de las luchas sociales en la capital.

EL ESTUDIANTADO

Leemos en el Plan Sectorial de Educación: "El sistema educativo peruano ha experimentado desde 1955 el periodo de más rá-

(24) Censo Nacional de Población de 1961.

vido crecimiento de su historia. Desde un total de 12.875 establecimientos de enseñanza en 1955, se ha elevado hasta 18.722 en 1964, un incremento total del 45,4 por ciento que en los niveles de primaria, media y superior ha alcanzado, respectivamente, a 41,0 por ciento, 140,6 y 273,3 por ciento" (25).

En el mismo período, de 1.262.765 alumnos matriculados en 1955 se pasó a 2.491.571 en 1964, un incremento total del 97,3 por ciento.

El crecimiento fue más notable todavía en las universidades. De 34 escuelas normales y 9 universidades que había en 1960 se pasó a 86 escuelas normales y 24 universidades. Y el ritmo creciente ha continuado en los años posteriores: en 1968 el número de alumnos matriculados en todos los niveles de enseñanza llegó a 3.235.700, un cuarto de la población total. Los universitarios son 96.000. En 1970 serán 111.000 los egresados de secundaria que tocarán a las puertas de las universidades.

Guiados por concepciones tradicionales y razones de prestigio, los educandos se dirigen preferentemente hacia las profesiones liberales, que son las que menos oportunidades ofrecen en un país sobrecargado de letrados. Al salir de la Universidad son pocos los que pueden obtener empleos bien remunerados y un buen porcentaje los que deben dedicarse a otras actividades.

No sólo eso. Antes de llegar a la Universidad han debido pasar por un duro proceso de selección en el que los más pobres han sido eliminados. De los que logran terminar la educación secundaria, un porcentaje cada vez más alto es descartado por la enseñanza superior, debido a que no cuenta con la capacidad suficiente para recibir a tantos postulantes.

El número de postulantes inscritos se elevó progresivamente desde 12.305 en 1960 hasta 26.374 en 1964; de ellos fueron declarados "aptos para matricularse" 4.479 en 1960 y 7.968 en 1964. En 1967 fueron 40.000 los que no pudieron ingresar. Se calcula que, para 1970, serán 71.000 los eliminados (26).

"Casi la mitad de los alumnos abandonan la escuela secundaria sin concluir los estudios... de los que logran concluirlos, sólo la mitad llegan a ingresar a los estudios superiores" (27).

La situación del estudiantado ha sufrido un vuelco. En los primeros años de este siglo, los hijos de "buena familia" que se educaban en las universidades, tenían su porvenir asegurado en la política, las profesiones liberales y los negocios. En las últimas décadas, por el contrario, una sensación de inseguridad hace presa de los estudiantes pobres, impulsándolos a acciones cada vez más radicales y violentas. Es muy poco lo que los hijos de empleados pobres o de obreros pueden esperar del sistema. Y si bien es cierto que una minoría logra escalar posiciones, siempre hay una mayoría relegada y dispuesta a escuchar la prédica revolucionaria.

Por eso, a partir de 1956 esa acelerada

radicalización lleva a la izquierda marxista a la dirección del movimiento estudiantil. Desde entonces, la izquierda que usa el lenguaje más encendido es la que ha dirigido la mayor parte de las organizaciones estudiantiles del Perú.

CAPITULO III

LAS CAUSAS POLITICAS

El cuadro económicosocial que hemos diseñado en los capítulos anteriores no tardó en reflejarse nitidamente en la vida política del país.

En 1956 el régimen autoritario de Odría no pudo soportar la presión de los sectores descontentos y se vio obligado a ceder el poder a Manuel Prado, un impopular banquero aliado del APRA.

Prado desarrolló su gobierno en medio de un clima de contradicciones entre varios sectores de la oligarquía y, a pesar del apoyo incondicional del partido Aprista, tuvo que enfrentar una creciente ola de agitación social.

Mientras campesinos y obreros agrícolas desarrollaban combates de una dimensión sin precedentes, los estudiantes y las capas pobres de la pequeña burguesía se radicalizaban rápidamente.

El campesinado quería recuperar sus tierras, librarse de la servidumbre y que se respetara sus sindicatos; los obreros, golpeados por la crisis, pedían mejores salarios; lo mismo exigían amplios sectores de la pequeña burguesía.

En estas condiciones la influencia de la izquierda marxista empezó a crecer en el estudiantado, la clase obrera y el campesinado. Simultáneamente, nuevas tendencias reformistas, como el belaudismo y la democracia cristiana, nacieron del seno de la pequeña burguesía.

La situación podía equipararse a la de 1931, cuando una parecida onda de intranquilidad generó a los partidos Aprista y Comunista. Pero esta vez la dimensión y alcances eran mayores y más amplios los sectores sociales afectados.

Esta vez no se podía ignorar a las grandes masas ni a los sectores olvidados del campesinado y se comprendía con mayor precisión la importancia de compenetrarse con ellos.

LA REVOLUCION CUBANA Y EL XX CONGRESO

El impacto causado por la Revolución Cubana fue muy grande y no tardó en reflejarse en las organizaciones políticas. En el APRA produjo el desprendimiento de un grupo de jóvenes que formaron primero el Comité de Defensa de los Principios Apristas y de la Democracia Interna, luego el APRA Rebelde y más tarde el MIR. Los encabezaba Luis de la Puente Uceda.

En el partido Comunista fue aún más fuerte y se unió al causado por el XX Congreso del PCUS y la polémica con el PCCH.

(25) Instituto Nacional de Planificación. Plan Sectorial de Educación. Lima, 1967. Págs. 2-11.

(26) Proyecciones de la Oficina Nacional Interuniversitaria de Planificación.

(27) Plan Sectorial de Educación, pág. 2.52.

En efecto, todo un andamiaje ideológico, teórico y práctico quedaba automáticamente en discusión. El culto a Stalin había sido remedido desde sus cimientos y con él la infalibilidad del Partido de la Unión Soviética. Temas como la validez de las posiciones del PCUS, la inmediatez o lejanía de la revolución y el papel del partido, empezaban a ser debatidos.

En general, el socialismo cubano planteaba los problemas de la revolución para el orden del día y no para un mañana más o menos lejano, daba una finalidad precisa a todos los revolucionarios de Latinoamérica y otorgaba cierto respaldo a las "herejías" en germen. Aún sin proclamarlo, todos comprendíamos por esos años que una nueva etapa revolucionaria había empezado y que, de realizarse, la revolución no se desarrollaría necesariamente de acuerdo a los patrones que teníamos en mente.

LA "NUEVA IZQUIERDA"

El efecto fundamental del impacto del XX Congreso, los cambios en el movimiento comunista internacional, la revolución cubana, las luchas campesinas y todo el marco social descrito anteriormente, fue el de generar diversos movimientos de discrepancia o por lo menos diferencias con las direcciones políticas de la izquierda, a lo que muchos dieron en llamar posteriormente la "nueva izquierda". ¿Quiénes conformaban esta heterogénea "nueva izquierda"? Es arriesgado decirlo desde que, consultados, algunos de los que la conforman lo negarían. Pero de acuerdo a lo sucedido en los últimos años podríamos enumerar así sus componentes.

a) Los discrepantes del Apra que, después de un complicado proceso de lucha interna dieron nacimiento al MIR y a Vanguardia Revolucionaria.

b) Los discrepantes del partido Comunista que, luego de un proceso similar, fueron a nutrir, unos el FIR y el ELN, y otros las tendencias maoístas que aparecieron posteriormente.

c) La enorme cantidad de jóvenes, principalmente universitarios, que sin pertenecer a estas organizaciones se identificaba, en una u otra forma, con ellas.

d) Algunos trotskistas como Hugo Blanco, cuya decidida actividad en el campesinado los diferenciaba claramente del trotskismo "tradicional", teorizante y dogmático.

Muchas interrogantes sobre estrategia y táctica no eran planteadas expresamente. En gran medida, la "nueva izquierda" continuaba sosteniendo teóricamente las posiciones "tradicionales": caracterización del país y sus clases dominantes y etapas necesarias para la revolución. Todavía hasta hoy encontramos en los documentos de algunas organizaciones insurreccionales la misma tipificación del régimen hecha por el partido Comunista. Lo nuevo estaba, en todo caso, en los métodos de lucha que se propugnaba y en la actitud general frente al poder oligárquico.

¿Cómo resumir los puntos de vista de la "nueva izquierda"? Es una tarea difícil ya que ella se presentaba en forma sumamente difusa, con planteamientos dichos a medias

o simplemente entrelíneas. Hasta ahora no podría encontrarse en el Perú un planteamiento teórico sólido, que englobe y resuma de verdad todo lo que la "nueva izquierda" piensa. Más que una plataforma teórica, ella había esbozado en aquella época una actitud.

Tratemos de precisar aquí algunos de los puntos que consideramos comunes.

En primer lugar su actitud frente al campesinado. Guiándose por los ejemplos chino y cubano, todas estas tendencias coinciden en otorgarle un papel muy importante en la primera fase de la revolución y en consecuencia dirigen hacia aquél su actividad fundamental. Así, Luis de la Puente asesoró por un buen tiempo a la comunidad de Chepén y otras, Hugo Blanco participó en la organización sindical de los valles de La Convención y Lares, y otros estudiantes tomaron parte en diversas formas en la sindicalización campesina.

La verdad es que también los partidos políticos "tradicionales", sobre todo el Comunista, habían influido en el asesoramiento y organización de los sindicatos campesinos, pero no habían incorporado a su militancia plenamente al movimiento. Había, pues, una gran diferencia entre quienes trataban de influir sobre el movimiento campesino "desde afuera" y quienes se incorporaban a él para orientarlo "desde adentro".

En segundo lugar, la negación de toda posibilidad pacífica de ascenso al poder. Salvo los socialistas, ningún organismo de la izquierda marxista ha planteado nunca en el Perú tal posibilidad. Pero los discrepantes querían que los métodos de acción se adecuaran al objetivo final de la toma del poder por la violencia.

En tercer lugar, el repudio contra los partidos "tradicionales" Aprista y Comunista cuyo pasado atacaban. Todos los nuevos grupos tenían en común la negación de algo. Más que afirmando, nacían negando. Les era también común en este terreno cierta falta de análisis, consecuencia de defectos en el conocimiento del pasado.

Particularmente en lo que se refiere al Partido Comunista, pocos o ninguno de los discrepantes podían exhibir un bagaje real de conocimientos sobre la historia del partido y las circunstancias nacionales e internacionales en que tuvo que operar y que explican los desconciertos de su política.

Esta, que a primera vista puede parecer una observación sin mayor importancia tiene, en realidad, una razón de ser. Sólo analizando exhaustivamente la historia del partido y relacionándola con la historia del movimiento comunista internacional, se puede encontrar la raíz de los errores cometidos, porque la política nacional del partido reflejó siempre la línea del movimiento comunista internacional. Quedándose sólo en el rechazo vago y global del oportunismo, los discrepantes del partido comunista y quienes repetían sus argumentos rehusaban ahondar el análisis.

Lo mismo puede decirse respecto de los trotskistas. Es cierto que el stalinismo es la fuente de las deformaciones del movimiento comunista, de sus errores y frustraciones. Pero ¿basta él para explicarlo todo? ¿No

habría que buscar también las raíces del stalinismo, la explicación de por qué surgió y triunfó en la lucha por la dirección del bolchevismo? ¿Por qué dirigir la crítica solamente al stalinismo y no también al trotskismo, cuya ejecutoria no es nueva en nuestro país? En realidad, las direcciones trotskistas habían participado en gran medida de las concepciones y métodos señalados como "tradicionales".

En cuarto lugar, la "nueva izquierda" reivindicaba la acción como promotora del desarrollo de la conciencia popular. Armada o no, individual o masiva, la acción era, a sus ojos, la única que podía engendrar la revolución y unificar a los revolucionarios.

Este es el aspecto más importante y el que define, en último término, la lucha de estos años. El que distingue lo que es realmente nuevo de lo que no lo es. A partir de este principio se puede exigir cierta consecuencia entre las palabras y los hechos, la teoría y la práctica, los discursos y la conducta.

Poco a poco este planteamiento fue quedando más claro y no tardó en afectar la concepción que exigía la preexistencia del partido para cualquier proceso revolucionario. Cuando la estructura teórica de las guerrillas enunciada por los dirigentes cubanos y resumida por Debray empezó a circular en el Perú, no hizo sino reforzar lo que muchos habían sostenido en la práctica: primero la acción, luego el partido; el partido nace de la acción.

Sin embargo, la "nueva izquierda" llevaba

dentro de sí una serie de características negativas, muchas de las cuales contribuyeron más tarde a sus derrotas más serias. Sin ahondar en esas características es imposible explicarse coherentemente la historia de los últimos años.

Nacida de los sectores empobrecidos y postergados de la pequeña burguesía, la "nueva izquierda" no siempre era consecuente con los principios que proclamaba: más que de hechos concretos, gustaba del gesto y la declaración. Proclamaba la necesidad de ir al campo a iniciar la revolución, pero permanecía en la ciudad, salvo las excepciones mencionadas; propugnaba la lucha guerrillera como la única salida revolucionaria para la situación del país, pero sólo una minoría de ella formó parte de las guerrillas cuando éstas abrieron los fuegos; se decla unitaria, pero se mantenía fragmentada en múltiples grupos que se combatían violentamente unos a otros; señalaba a fuego la tendencia del partido comunista a guiarse por planteamientos políticos ajenos a la realidad del país, pero no hacía ningún esfuerzo sistemático por estudiarla y, en general, podía decirse que la desconocía; repudiaba al stalinismo pero aplicaba sus métodos en sus luchas y fragmentaciones internas.

En general, la "nueva izquierda" carecía de un planteamiento ideológico coherente y de un conocimiento cercano de la realidad peruana, que sólo podía ser resultado de la concurrencia de dos factores: el estudio teórico de la economía y la sociedad peruana y

**DISTRIBUCION Y DENSIDAD ESTIMADAS DE LA POBLACION PERUANA
POR REGIONES**

Región	Población (a)		Superficie		Densidad
	Número	%	En miles Km2.	%	Habitantes por Km2.
Costa	3.433.801	33,0	141	11,0	24,4
Sierra	5.853.714	56,1	340	26,4	17,2
Selva	1.132.842	10,9	804	62,6	1,4
TOTAL	10.420.357	100,0	1.285	100,0	8,1

Fuente: Estimados del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (1966) sobre la base de los resultados censales de 1961. Sexto Censo Nacional Peruano de Población. Resultados de Primera Prioridad. Instituto Nacional de Planificación del Perú. Dirección Nacional de Estadística y Censos, marzo 1964.

(a) Incluye la población emitida por el Censo que se calcula en 412.781 personas y la selvática estimada en 100.830 habitantes.

la actividad práctica en el seno de las masas.

Las profundas divisiones de la izquierda tienen, en el Perú, una vieja raíz. Desde la muerte de José Carlos Mariátegui, un marxista de espíritu amplio y creador, el partido comunista estuvo largos años bajo la dirección de Eudocio Ravínés y sus testaferros. Ravínés es posiblemente el traidor más inescrupuloso de América latina y tuvo tiempo, mientras estuvo a cargo de la dirección del PC, de crear una escuela caracterizada por sus métodos de liquidación política que no reconocía ningún principio y ningún tipo de legalidad. Muchos revolucionarios valiosos fueron liquidados políticamente en este proceso y la lucha contra Ravínés llena un buen número de años de la historia del PCP.

Las acusaciones fraguadas, las expulsiones sin pruebas, la intolancia respecto al discrepante, el dogmatismo, la falta de imaginación y audacia, la desconfianza con las masas, el temor a pensar por cuenta propia, formaron parte de ese modelo degenerado de stalinismo que Ravínés implantó en el Perú.

Estos métodos impidieron cualquier debate de principios, cualquiera confrontación de argumentos. La situación mantenida durante muchos años y que en gran parte subsiste hasta hoy, se reflejó en toda la izquierda. No había en ella ningún antecedente de colaboración por encima de las discrepancias y de confrontación de experiencias.

Dividida por múltiples querellas, fragmentada y subfragmentada, conservando gran cantidad de rezagos de la política "tradicional", esta "nueva izquierda" tenía, hay que decirlo, mucho de viejo. Y en esas condiciones no estaba evidentemente a la altura de las grandes jornadas que la esperaban y aun más, perdió, como lo demostraremos más adelante, varias oportunidades de ligarse a las masas.

LA IZQUIERDA Y LA SINDICALIZACION CAMPESINA

Hemos visto anteriormente cómo, bajo la influencia de la izquierda en unas ocasiones o espontáneamente en otras, la sindicalización campesina se extendió desde 1956 hasta 1962. El punto más alto de esa gran ola, por la calidad política de sus dirigentes, estuvo en los valles de La Convención y Lares y la figura más destacada fue Hugo Blanco.

Pero Hugo Blanco era y es un disciplinado militante trotskista. Este hecho planteaba a la izquierda un serio problema. ¿No se había dicho durante muchos años que los trotskistas son agentes del imperialismo? ¿No se había señalado repetidamente al trotskismo como una corriente contrarrevolucionaria? Los años del stalinismo no estaban lejanos y, en todo caso, caído el ídolo Stalin, el supremo anatema contra el trotskismo no había sido retirado por nadie; tenía plena vigencia.

Eso, por un lado. Por otro, la izquierda en su conjunto no se incorporaba plenamente a la lucha campesina. Orientaba a las organizaciones "desde arriba", asesoraba a los sindicatos, destacaba temporalmente organizadores al campo, pero no dirigía "desde adentro", a la manera de Blanco.

Por un lado, sus prejuicios políticos, todavía subsistentes, le impedían dar a Blanco la colaboración que merecía. Por otro, su inercia la mantenía encerrada dentro de sus viejos moldes urbanos.

A fines de 1961, Juan Pablo Chang y un grupo de cuadros que no militaban en ninguna organización partidaria, formó el APUIR (Asociación Para la Unificación de la Izquierda Revolucionaria) y planteó la formación de un frente de la revolución peruana.

Muy pronto quedaron precisados los siguientes puntos comunes: "Apoyo incondicional a la ocupación de tierras; reorganización de la CTP y lucha por un pliego único de reivindicaciones; amnistía para todos los presos y perseguidos políticos y sociales; defensa incondicional de la Revolución Cubana; confiscación de todos los latifundios y distribución gratuita de la tierra a los campesinos; nacionalización de las empresas imperialistas; reforma urbana y gobierno de los trabajadores" (28).

El objetivo del Frente era la construcción de un partido único de la revolución. El llamamiento estaba dirigido a todas las organizaciones de izquierda: partido Comunista, Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido Socialista, partido Comunista Leninista, Movimiento Tupac Amaru, fracciones trotskistas de "Voz Obrera" y "Obrero y Campesino" y Movimiento Social Progresista.

En realidad, la razón del llamamiento era promover su vigoroso apoyo político a las ocupaciones de tierras encabezadas por las federaciones campesinas y, particularmente, a Hugo Blanco en momentos en que este carecía del mismo.

El llamamiento fue escuchado por las fracciones trotskistas, excepto el Posadismo y por el partido Comunista Leninista, agrupación de discrepantes del PCP. La gran mayoría de la izquierda ignoró el llamado y el apoyo a Blanco fue, en el mejor de los casos, puramente declarativo. Sin embargo, lo que Blanco necesitaba no eran declaraciones, sino dinero, hombres, armas...

El ascenso de las masas campesinas era demasiado rápido y grande como para permanecer indiferente. Si otras tendencias políticas, además del trotskismo, hubieran apoyado a Blanco, se hubiera configurado un movimiento sólido, fuerte, capaz de extenderse a otras zonas del país y de defenderse con éxito frente a la represión que se veía venir.

Por otra parte, el mismo Blanco no estaba preparado para hacer frente a esos momentos difíciles porque permanecía sujeto a una dirección dogmática, poco conocedora de la realidad nacional e ignorante del trabajo práctico; una dirección que no podía proporcionar la salida coherente y lógica al movimiento iniciado.

Blanco aspiraba a que "el Sindicato Campesino se erija paulatinamente en un verdadero organismo de poder popular democrá-

(28) Editorial del periódico "Revolución Peruana" (Órgano del Frente de Izquierda Revolucionaria, FIR). Lima, 25 de septiembre de 1962, pág. 3.

tico, que se enfrenta a cada paso y cada día con mayor vigor al **poder patronal**, representado por el gamonal y todas las fuerzas estatales a su servicio" (29). Eso era para él, el **Poder Dual**: "dos poderes que se enfrentan, el de los explotadores representantes del pasado oprobioso y el de los explotados abandonado del futuro" (30).

El organismo fundamental de la lucha armada en el Perú sería, según esa tesis, la milicia del sindicato dirigida por el partido (31). Lo que no quería decir que hubiera llegado la hora de la lucha por el poder: "esta etapa —decía Blanco en 1964 desde su prisión de Arequipa— no tiene un objetivo inmediato de lucha por el poder o por el derrocamiento del gobierno de Belaúnde sino objetivos más modestos y defensivos: la defensa de las ocupaciones de tierras por los campesinos del ataque de las fuerzas armadas y de los terratenientes" (32).

La tesis del Poder Dual y de las milicias podía tener éxito como consigna para las masas y podía ser difundida y obedecida bajo un régimen burgués que, como el de Prado, alternaba la negociación con la represión; pero ya después del golpe militar de 1962 no servía para hacer frente a un ejército que había asumido el poder para "poner orden"

en el país y para arreglar cuentas, entre otras cosas, con los campesinos de La Convención.

Cualquiera que quisiera mantenerse junto a las masas a pesar de la represión debía recurrir a la táctica guerrillera. Pero esa decisión requería una absoluta claridad sobre la metodología a aplicarse.

Esa condición no se dio. Y a comienzos de 1963, después de los encuentros de Pucyura, solo y abandonado, Blanco cayó en poder de la policía. Un resultado en el cual la izquierda en general y particularmente la izquierda revolucionaria, tenía seria responsabilidad.

Por eso, las masas de La Convención y Lares no desembocaron en la lucha guerrillera que constituía la culminación lógica del proceso iniciado desde 1956 sino que, por el contrario, tuvieron que soportar sucesivas incursiones represivas en 1963.

Lo que hubiera podido ser el punto inicial de un poderoso movimiento revolucionario, quedó sólo en reformas: la Junta Militar no tardó en reconocer el control "de facto" de las parcelas por los campesinos, mediante decreto promulgado en marzo de 1963.

La tierra había sido conseguida... Y si bien eso no resolvía todos los problemas de los campesinos, pues debía ser pagada a los propietarios, cosa que no han hecho hasta ahora y presumiblemente no harán, parte de los objetivos por los que se había luchado, quedaban conquistados. El movimiento no lograría retomar la fuerza de antes, pues los intereses comunes que habían cohesionado a

(29) BLANCO, Hugo. El camino de nuestra revolución. Ediciones Revolución Peruana. Lima, 1964. Pág. 50.
 (30) *Ibid.*, pág. 50.
 (31) *Ibid.*, pág. 31.
 (32) *Ibid.*, pág. 23.

PERU: USO DE LA TIERRA

Clasificación	SUPERFICIE		
	Total en miles de há.	En por ciento de la extensión	En por ciento del área en fincas
Extensión total en el país	128.5	100,0	
Area en fincas	18.6	14,5	100,0
Bajo cultivo	2.5	2,0	13,7
Pastos naturales	9.1	7,1	49,1
Bosques y montes	2.2	1,8	12,3
Cultivables no trabajadas	1.3	1,0	7,2
Tierras improductivas	3.2	2,6	17,7

Fuente: Confeccionado por el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (1966) sobre la base de la información obtenida en el Censo Agropecuario Paruano, 2 de julio de 1961. Informe preliminar, noviembre de 1963. Instituto Nacional de Planificación. Lima.

diversos estratos sociales ya no existían y, antes bien, las organizaciones se debilitaban minadas por las discrepancias entre los seguidores de Blanco y la FTC y por las diferencias entre arrendatarios y allegados.

LAS "INVASIONES" DE 1963-64

La captura de Hugo Blanco no significó el fin del movimiento campesino desde que, como hemos visto antes, La Convención era sólo uno de los focos de la actividad insurgente.

Durante casi siete años el arquitecto Fernando Belaúnde había recorrido el territorio nacional sembrando promesas de reforma agraria con la finalidad de recolectar votos. Era lógico que los campesinos esperaran el cumplimiento de las promesas una vez colocado en la presidencia, luego de unas elecciones apadrinadas por el ejército...

En realidad, su doble actitud lo había hecho incurrir en un juego peligroso: mientras a las masas les prometía una reforma agraria lo suficientemente vaga para despertar su entusiasmo y hacerlas creer en lo que ellas querían, a la oligarquía le planteaba concretamente una reforma limitada a los sectores más conflictivos dejando intangibles los latifundios más productivos, que son también los más poderosos del país. Frente a las masas, gustaba presentarse como un incendiario; frente a la oligarquía, con la que mantenía antiguos lazos políticos y familiares, aparecía como el bombero de un incendio con el que amenazaba en caso de no ser elegido.

A mediados de 1963 las ocupaciones de tierras empiezan a extenderse amenazadoramente. ¿Qué sucedía? Era evidente que el ascenso del arquitecto al poder había creado en las masas la confianza de que, al recuperar sus tierras, no serían reprimidas.

Ya en octubre del mismo año las "invasiones" se multiplicaban en el centro y se extendían a toda la parte meridional del país. Se estimaba en no menos de 300.000 campesinos de diferentes status de tenencia, pero fundamentalmente comuneros, colonos de hacienda y trabajadores sin tierras, a los protagonistas.

Esta gran oleada invasora tenía características propias, todas ellas reveladoras del alto nivel que estaba alcanzando la lucha campesina y por consiguiente, alarmantes para las "clases altas".

En las anteriores etapas, los campesinos se conformaban con ocupar pacíficamente zonas sin cultivar, preferentemente pastos naturales, y siempre exhibían incontrastables argumentos legales para su acción. Eran, no sólo

pacíficos, sino también legalistas: la violencia venía estrictamente del campo enemigo.

Ahora, la situación había variado: ya no tenían mayor interés en la argumentación legal, les bastaba decir que las tierras les pertenecían y que ya las habían pagado con el trabajo gratuito o mal remunerado de varias generaciones. Y además, también ocupaban zonas de cultivo, sembrados o en descanso (33).

La consigna "Tierra o Muerte" se extiende por primera vez a lo largo de toda la sierra. "Con la excepción de Puno, todos los departamentos de la sierra fueron escenario de invasiones: Cajamarca, Ancash y Huanuco en grado menor, Apurímac, Ayacucho, Huanavelica y Arequipa en grado mediano y Pasco, Junín y Cuzco en muy alto grado" (34).

La creciente relación entre ciudad y campo contribuyó a que muchas de estas ocupaciones de tierras encontrarán una dirección consciente de parte de estudiantes, licenciados del ejército, abogados provincianos, personas con intereses propios, etc. Era un movimiento nacido de los más profundos deseos de reivindicación de las masas pero no enteramente espontáneo. Había una dirección, pero era múltiple e inubicable.

Orgánicamente, la izquierda no estuvo presente en este movimiento aluvional. En enero de 1963 había sido reprimida y casi todos sus dirigentes se encontraban en la cárcel. Quedaban elementos aislados, desvinculados de sus direcciones, aunque actuantes.

Debido a que no había sabido ligarse a tiempo al campesinado, la izquierda no supo prever la gigantesca movilización y tampoco pudo defender al campesinado de las masacres que siguieron.

A fines de diciembre de 1963 el ministro de Gobierno Oscar Trelles fue censurado por la oposición de derecha (APRA-UNO). Lo reemplazó un nuevo ministro "duro", el que autorizó al ejército y la policía a poner orden.

La oleada fue detenida en un baño de sangre.

Constreñida por su falta de audacia, la izquierda se había aislado por propia voluntad del ascenso popular y en consecuencia no se encontraba en capacidad de utilizarlo para ligar las reivindicaciones de los campesinos con los objetivos de la revolución. Con ello perdía, como en 1962, una oportunidad revolucionaria. Pudo incorporarse al campesinado en 1961-62 y tuvo los medios suficientes para hacerlo, pero careció de iniciativa e imaginación. En 1963-64 ya era demasiado tarde para intentarlo.

(33) CIDA. Op. cit. Pág. 397.

(34) *Ibid.*, pág. 398.

